

paola

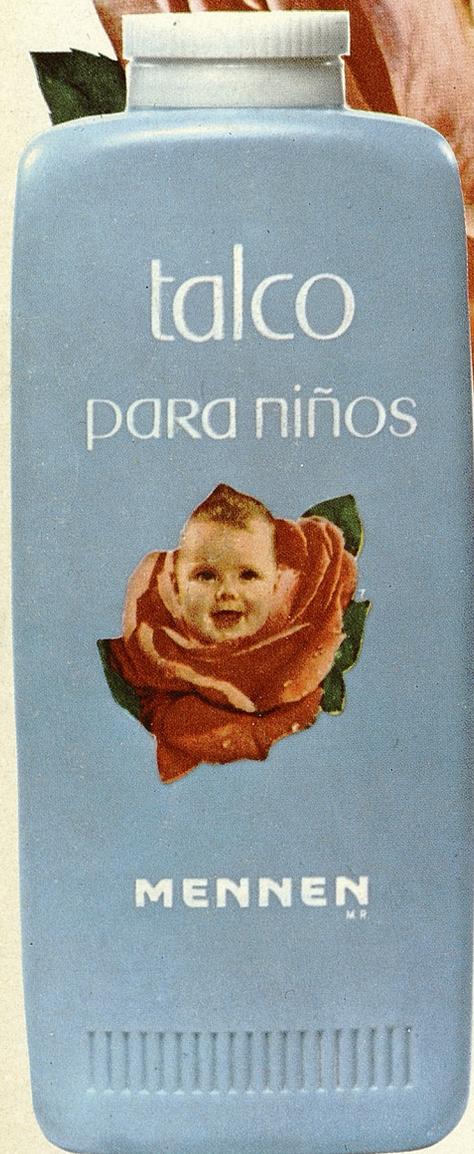
E° 8

2

**NUMERO
ESPECIAL
DE MODA
de verano**

en RIO DE JANEIRO

Como Para Cuidar
Una Rosa...



LAGAR

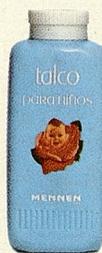
MENNEN

Para Niños

Mennen contribuye a aliviar irritaciones originadas por el roce de los pañales o transpiración excesiva. Mennen refresca... Mennen calma la picazón causada por el calor... Mennen ayuda a mantener la piel del bebé como un pétalo de rosa...! Mennen, productos creados especialmente para los bebés.



Colonia



Talco



Aceite



Crema



Shampoo

Para Niños

MENNEN
M.R.

Nada más delicado

Fabricado en Chile por Laboratorios García S.A.I.C. bajo licencia de Mennen Co. New York.



paula

EN ESTE NUMERO...

Siguiendo con la tradición iniciada por Paula de fotografiar nuestros números especiales de Moda en algún lugar maravilloso, decidimos para este número saltar la frontera y hacerlo en Rio de Janeiro.

Es una de las ciudades más lindas del mundo, y quisimos mostrársela en todo su esplendor. El escenario era perfecto para las colecciones chilenas de verano.

A pesar de que llevamos de Santiago a dos modelos chilenas, Lilian y Soledad, algo no caminaba cuando empezamos con las fotos. Río parecía exigirnos otra cosa. Constanza lo descubrió: ¡una modelo negra!

Así fue como incorporamos a nuestro equipo a Aristeia. La descubrimos bailando con esa indescriptible gracia de las brasileñas en una Scuola de Samba. Nos acercamos a ella y le pedimos que modelara para Paula. No lo había hecho nunca, era profesora primaria. Pero accedió, un poco incrédula al principio, pero feliz cuando se dio cuenta que no la estábamos engañando.

Aristeia, la profesora primaria hecha modelo por Paula, encarna para ustedes todo lo que de maravilloso tiene Rio de Janeiro. La música, el ritmo, la alegría, la soltura, el sol. . .

me duele que me digan SOLTERONA

Una mujer de 48 años cuenta el drama de ser solterona en una sociedad donde todos viven en parejas: “Me habría gustado casarme joven y tener muchos niños. Por lo menos unos seis. Pero no es tan fácil casarse. No se lo piden a una a cada rato. Además, a veces esconden una segunda intención y no hay nada que odie más que hacer el ridículo. Me dan horror las viejas verdes. Uno es siempre un problema para las amistades, que se sienten en la obligación de buscarle pareja. Mis amigas casadas dicen que envidian mi libertad pero yo no les creo. Es cierto que no soy una mujer plenamente realizada pero tampoco me siento infeliz. La única gran amargura es no haber tenido un hijo. Muchas veces quise tenerlo, así sin casarme, pero no me atreví. También pensé en adoptar uno pero ya estaba muy vieja y los niños necesitan juventud”.



me duele que me digan SOLTERONA

viene de pág. 131

Casi todo el mundo conoce por lo menos a una solterona. Una tía vieja, una profesora de los niños, la cajera del almacén, una amiga de la familia. Una mujer flaca (no sé por qué), con mal carácter, critica, con un color un poco gris. Resentida y antipática o, si todavía tiene esperanzas, llena de remilgos, pudibunda, que se pone colorada apenas le hablan (especialmente si es un hombre) y terriblemente romántica. Quejumbrosa. Tiene una risita nerviosa, camina en puntillas, se le nota el deseo de agradar y tiene terror de que la gente "piense mal". Virgen, se supone. Unas parecen orgullosas de su soltería. Proclaman que los hombres no sirven para nada y que "a Dios gracias no se casaron". Las otras no reconocen (púbicamente) que son solteronas (¡quién sabe. Nunca es tarde!) y, en todo caso, siempre tienen un recuerdo de un amor frustrado. Un novio que desapareció (?) o un gran amor que no pudo ser debido a la incompreensión familiar.

Pero una cosa es la imagen un poco estereotipada que uno tiene y otra la realidad. Detrás de esas mujeres, flacas y grises, o rellenitas y llenas de sonrojos, se esconde un drama muy fácil de suponer. Ser una mujer sola, peor todavía, haber sido siempre una mujer sola, es simplemente una tragedia en una sociedad de parejas. Una vergüenza, una frustración tremenda para el ego de cualquier mujer. Quiere decir (y todo el mundo lo entiende así) que ningún hombre la encontró lo suficientemente atractiva o lo suficientemente buena para hacerla su mujer. Y luego está el problema de los

hijos. Todas las mujeres quieren tener un hijo. Son madres por instinto y la realización más plena la tienen en un niño. Por último, cuando pasan los años y se acerca la vejez, la solterona no tiene a nadie. Sus padres murieron, sus hermanos tienen su vida y los sobrinos no se acuerdan de la tía vieja. No es necesaria para nadie. Nadie se preocupará de ella...

Y entremedio, ¡cuántas amarguras!, ¡cuántas esperanzas frustradas! Siempre quise saber cómo era la vida de una mujer que nunca se había casado. Preguntarle por qué no se había casado. Cómo vivía. Qué significaba en todo el sentido de la palabra, y con conocimiento de causa, lo que era no tener un hombre a su lado. En el aspecto sentimental, en el aspecto sexual, en el plano social.

Pero no es tan fácil llegar donde una persona a revolverle la herida. A meterse en su vida privada porque sí. Tenía que ser alguien muy especial. Una mujer inteligente que no tuviera vergüenza de hablar. Una solterona moderna. Porque, ¿qué podría decirme (o qué querría decirme) esa señorita flaca, seca, desagradable, de su vida sexual, por ejemplo? Hasta que conocí a Cristina, esta entrevista me parecía imposible. Ella tiene 48 años, es morena, de pelo canoso, más bien maciza, afable, buena conversadora y nada que ver con la imagen típica de la solterona amargada. Y sin embargo, es una solterona... y muchas veces se siente amargada, según su propia confesión.

"Soy hija única y siempre fui muy apenada a mi madre. Hasta que murió, hace poco tiempo, viví dedicada a ella. Me daba terror dejarla sola porque antes que saliera ya se sentía enferma. Me espantaba a todos los pololos. Tenía un sentido del ridículo tremendo y a todos les encontraba algo: que no sabían comer, que eran pretensiosos, que no tenían futuro, cualquier cosa. Mi padre había muerto cuando yo era chica, casi no me acuerdo de él, y entonces mi madre volcó todo su cariño sobre mí. Creo que en gran parte no me casé por ella".

Cristina vive en un departamento de dos dormitorios, muy cómodo. Las mu-

rallas están tapizadas de cuadros de todos tamaños, motivos bucólicos y uno que otro retrato. Hay flores por todas partes. Naturales y artificiales. Es un edificio antiguo que no tiene ascensor y que en otro tiempo fue elegante, situado muy cerca del centro, un poco más abajo de Teatinos. Me llama la atención que en su dormitorio haya una cama matrimonial. El living comedor es acogedor a pesar de que los muebles son baratos y no hay nada que llame la atención por bonito. Me ha invitado a tomar té y tiene un queque hecho por ella. Al principio la conversación es un poco tirante pero poco a poco se va soltando y habla de su trabajo, de sus amores, de su vida.

"Mi mamá quedó en bastante mala situación después de la muerte de mi padre, pero como no sabía hacer nada se dedicaba a coser para sus amigas y a hacer chalequitos de niños. Con eso aumentaba un poco la escuálida pensión de mi padre. Con los años esta pensión se fue achicando y los gastos fueron creciendo, así es que a los dieciséis años me salí del colegio, de cuarto año de humanidades y me puse a trabajar. Con tan poca preparación no me quedó más remedio que entrar a una oficina pública, como el último suche. No era entretenido el trabajo en Correos y Telégrafos. Pasaba diez horas en una oficina helada y a veces tenía que ir los domingos y festivos. Todo esto para ganar una miseria. Me acuerdo que eran 300 pesos. No tenía amigas porque la gente de la oficina era mucho mayor y las muchachas de mi edad seguían en el colegio y tenían una vida muy distinta. Hacía muy poca vida social. Además mi mamá era muy estricta y no me dejaba salir con nadie".

"No habían pasado seis meses cuando tuve la suerte de que trasladaran a mi jefa de sección y como no había nadie más que ella y yo, me nombraron a mí en forma interina. Parece que lo hice bien, el caso es que después me confirmaron en el cargo y mi sueldo subió a 550 pesos. Una fortuna para mis 17 años. Un año duré allí y luego un antiguo amigo de mi padre me ofreció un trabajo en la empresa donde él estaba. Una enorme orga-

sigue en pág. 135

me duele que me digan SOLTERONA

viene de pág. 133

nización donde de nuevo ingresé a un puesto bajísimo. Era ayudante de facturera. Pero ganaba un poco más y sobre todo tenía mejores expectativas para el futuro. Además el trabajo era más aliviado. Allí, poco a poco empecé a subir de puesto hasta que llegué, a los 23 años, a ser la secretaria de la gerencia general. Tenía mucha responsabilidad y me sentía mucho, mucho más vieja que otras mujeres de 23 años. Salía poquísimo. De la oficina a la casa y de la casa a la oficina. De los pretendientes se encargaba mi mamá y la verdad es que a mí no me gustaba ninguno, así es que no me importaba demasiado”.

EL GRAN AMOR

“A los 23 años me enamoré por primera vez. El era aviador y lo conocí en el matrimonio de una compañera de oficina. Era primo de ella y, me acuerdo, se quedó sólo un rato porque no quería acostarse tarde para estar en buenas condiciones al día siguiente, que debía volar. Conversamos durante todo el rato que se quedó y me invitó a salir para el sábado siguiente. Esa misma noche empezamos a pololear. Lo adoraba y creo que él también. Decidimos casarnos y empecé a comprarme mi “trousseau” de a poco. Una noche me avisaron a la casa que había tenido un accidente. Su avión se perdió en la cordillera y nunca lo encontraron. Creí que me moría. Durante años esperé un milagro. Me encerré en mi trabajo. Ya no me importaba nada de nada. Sólo trabajar. En la oficina me fueron dando cada vez más res-

pensabilidades y todos sabían que era más que una secretaria. Mi jefe, que era un hombre muy importante, viajaba mucho y entonces yo quedaba a cargo de todas sus cosas. Era su brazo derecho”.

“A los 29 años estuve de novia por segunda vez. El tenía 33 años y trabajaba en mi misma oficina. Era contador. No creo que estuviera realmente enamorada pero no me resignaba a quedarme soltera. Sobre todas las cosas quería tener un hijo. El era inteligente, muy caballero y yo pensaba que podríamos tener una vida agradable, tranquila, aunque no con un amor apasionado. Necesitaba un marido, un apoyo. Estaba cansada de poner el hombro. Además estaba aburrida de las luchas tipo catch-as-catch-can en los autos porque, cuando una es soltera, todos los hombres se creen poco menos que en la obligación de lanzarse. Después de una comida, tenía terror de esas idas a dejar. Solteros o casados se creían con derecho a tomarse todo tipo de libertades. Total, pensarían, le hacemos un favor...”.

“Pero me desilusioné de José. Mi mamá siempre me decía que era un hombre muy egoísta y me acuerdo que para una Pascua me empezó a controlar lo que yo gastaba en regalos. De mi plata. Pensé entonces: si ahora es así, cómo irá a ser cuando sea mi marido. Poco a poco le fui encontrando defectos, hasta que le perdí el cariño. No podía casarme con él, así es que terminé”.

LOS PREJUICIOS DE LA GENTE AMARGAN LA VIDA

Cristina no vive sola. La acompaña una empleada antigua que es una verdadera amiga. A falta de sobrinos tiene varios ahijados que la van a ver a menudo. Y muchos amigos. También un amor.

—¿Qué siente cuando le dicen solterona?, le pregunto.

“La verdad es que yo nunca me he considerado una solterona. No por lo menos como la imagen que yo tengo de la solterona. Una vieja flaca, con el cuello largo y arrugado, un moño cuete, buena para hacer dulces y para coser, que

vive allegada porque nunca ha tenido una casa de ella sola. Es el recuerdo que tengo de una tía que no entendía nada de nada, se escandalizaba por todo y encontraba que todo era pecado. Me duele cuando la gente lo dice porque por lo general, esa palabra se usa cuando se quiere herir. Yo misma me he pillado diciendo “solterona amargada”. Y es que hay algunas que lo son”.

—¿Dónde está la diferencia?

Vacila un poco, mira hacia el lado. Está un poco nerviosa y yo misma me siento mal. Intrusa. Al fin lo dice:

“La vida sin un amor debe ser bien difícil. Creo que para no ser soltera amargada, una mujer debe de haber tenido un amor pleno. Debe saber lo que es el amor”.

No le gusta hablar de su vida sentimental. Me ha dicho, antes, que desde hace muchos años “sale” con un hombre casado. El es encantador, muy bueno y está segura que la quiere. Pero nunca ha querido dejar a su familia y ella lo acepta así.

“A mí no me importa no haberme casado. Creo que no soy para casada. He sido siempre demasiado independiente, me gusta mi trabajo y creo que no habría tenido tanto éxito si hubiera tenido que compartirlo con una casa, marido y niños”.

Sin embargo, antes me ha dicho que siente no haberse casado. Y más adelante lo vuelve a repetir. Hay una cierta amargura en ella cuando se refiere a los problemas que le ha acarreado la independencia.

“Mis amigas casadas dicen que me envidian porque hago lo que quiero, porque viajo, gasto mi plata sin tener que rendirle cuentas a nadie. Porque no tengo ninguna complicación de botones en las camisas ni de problemas con los niños que crecen y les hacen pasar amarguras. Pero yo no les creo. En el fondo, la mujer casada es un gremio aparte. Son como un sindicato. Como que les cambia la mentalidad. Se ponen burguesas, no en el sentido que le dan los comunistas sino en que defienden su status y se amurallan en la seguridad que les da

sigue en pág. 137

me duele que me digan SOLTERONA

viene de pág. 135

un marido. Sobre todo la casada de clase media alta. La mujer casada es más convencional, de criterio más estrecho. Mucho menos comprensiva. Por ejemplo, si una mujer soltera se enamora de un hombre casado es una pérdida. Aunque el causante, por lo general, es el hombre. En cambio, aceptan mucho mejor la infidelidad de una mujer casada. Es decir, que una casada se enamore de otro hombre, casado o soltero. Se defienden y disculpan el hecho diciendo que el marido no sirve para nada, que es un calavera, etc. En cambio, con la soltera, son implacables”.

“Ahora, continúa, las cosas están cambiando un poco. El sexo ha dejado de ser una cosa tan importante y ya no viven todos pendientes de si la gente tiene o no relaciones sexuales. Se considera como algo natural. Necesario, incluso. Pero en mi época, una mujer soltera que tenía relaciones sexuales (y a veces no las tenía pero se las colgaban) era, irremisiblemente, una pérdida. Una viciosa. Yo viví todo ese espanto. Las miradas acusadoras, las preguntas insidiosas, los respingos de nariz, los comentarios malintencionados. Y, sin embargo, todas las mujeres saben que el amor físico es indispensable cuando ya una mujer ha dejado de ser virgen”.

La conversación se ha vuelto fácil. Ya no está tirante y está dispuesta a seguir hablando de lo que significa ser una solterona. Aprovecho de preguntarle:

—**¿Y después de los 40 años, es difícil encontrar un compañero?**

No he hablado de marido y ella entiende. Se para a servir otra taza de té

y le pide a la empleada más tostaditas. Esta vestida con una falda azul y un sweater blanco delgado. Seguramente es un dos piezas pero la chaqueta no está a la vista.

“Por lo general, las mujeres de mi edad que no se han casado es porque tienen un amor imposible. Un hombre casado que no se atreve a romper con todo. O que si se ha separado continúa unido legalmente a otra mujer y no puede casarse. Los chantajejan con la nulidad, ese estúpido sistema de divorcio que hay en este país. En todo caso, han encontrado un amor antes de los 40 años. Hay otras que se botan a vampiresas y les va muy mal. En realidad, pasados los 40, es difícil conseguir un hombre. Muchos llevan una segunda intención. Por ejemplo, el solterón típico que quiere alguien para que se preocupe de sus cosas, para que le supervigile la casa, le vea su ropa. El que no se quiere casar por ningún motivo, pero que de repente se casa con una muchacha de 25 años y deja a la pobre de 45 hecha un mar de lágrimas. Esos quieren en realidad, un ama de llaves. Otro tipo de galanes para la mujer de 40 es el joven que la explota. Y ellas aceptan para que les hagan la pantomima del amor. Les dicen que el amor no tiene edades, que ellas se ven estupendas, las ilusionan y después es el desastre”.

—**¿Se casaría usted ahora?**

“Creo que sí. Desde luego me casaría con el hombre que quiero pero como eso es imposible, he pensado a veces si me casaría con otro hombre. No es que no haya tenido pretendientes...”.

Se queda pensando un rato y yo la observo. No me cabe ninguna duda de que ha tenido y tiene pretendientes. Es una mujer agradable y yo diría que muy interesante. De estatura mediana, ni gorda ni flaca, de facciones muy puras. Se ve maternal, llena de cariño. Y me pregunto de nuevo, ¿por qué no se casó?

“La verdad, prosigue, es que a esta edad una se pone pensadora. Toda mi vida he luchado por hacerme una situación y el día que jubile no me voy a morir de hambre. Tengo mi departamento, comprado con mi esfuerzo, y mi autoito.

No quisiera empezar de vieja a mantener a un zángano. Y además le tengo horror al ridículo. Me dan espanto las viejas verdes y no me gustaría cambiar de personalidad para darle gusto a un hombre que no quiero”.

¡Inconscientemente está a la defensiva. ¡Cuántas amarguras que no cuenta hay detrás de eso! ¡Cuántas desilusiones!

“Por otra parte, no es tan fácil casarse. Por lo general, los que le piden matrimonio a una no le gustan. Y los que le gustan jamás le piden nada... Y cuando una mujer ha vivido ya sabe lo que es el matrimonio y no se lanza con la irreflexión que lo hace una jovencita de 18 años”.

—**¿Qué cree usted que es peor: haber fracasado en el matrimonio y ser una separada, o quedarse soltera?** le pregunto.

“Es cierto que ahora el matrimonio está en crisis, especialmente, creo yo, por falta de madurez del hombre. Es una institución anticuada. Está mal compartido y no debiera ser esa cosa tan rígida. Voy a decir algo bien inmoral, pero, sin generalizar, creo que sería bueno que una pareja viviera un tiempo junta, sin tener hijos, a prueba. Además, debería existir el divorcio”.

No me ha contestado mi pregunta y se la vuelvo a hacer. Piensa un poco y habla: “Claro que quedan los niños”. Yo no digo nada. Por fin dice: “Sí, creo que es mejor ser separada, haber fracasado en un matrimonio, que soltera. Por lo menos, quedan los niños. Además una separada es mucho más independiente. Nadie se siente con la obligación de cuidarle la virginidad. Por último, y lo peor, a una solterona la miran con lástima. Y no es para tanto. Es cierto que no me siento una mujer plenamente realizada pero tampoco soy infeliz. Casarse dejó de ser la única profesión para la mujer y ahora cada persona vale por sí misma y no por el apellido del marido”.

“SOLO ME HACE FALTA UN HIJO”

“Una cosa es cierta. La gran frustración para una mujer soltera es no tener niños. Yo los adoro. Me avengo con ellos.

sigue en pág. 167

me duele que me digan
SOLTERONA

viene de pág. 137

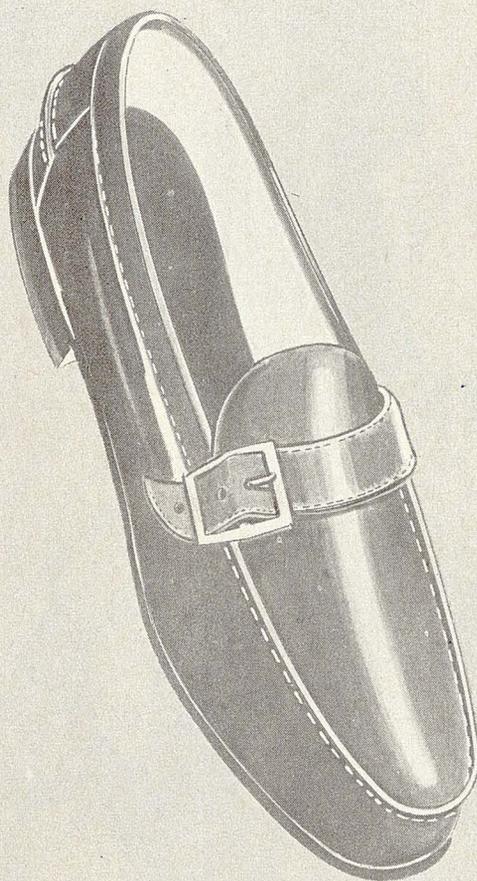
Los niños son sinceros, espontáneos. Es tremendo no tener un hijo. Mil veces pensé tener uno pero me daba terror la reacción de mi mamá. Nunca me atreví a saltar esa barrera. Mi vieja era un ser bondadosísimo pero también era muy cerrada. Católica, pegada a las tradiciones. Habría sido un golpe muy fuerte. Pero no niego que estuve tentada. Claro que además estaba el trabajo. Siempre he tenido puestos importantes y el escándalo habría sido mayúsculo. Tengo mucho amor propio y nunca me ha gustado ser objeto de habladurías".

"Cuando murió mi mamá, continúa, estuve pensando en adoptar un niño. Pero no me atreví. La diferencia de generaciones habría sido muy grande y cuando mi hijo fuera un adolescente yo iba a ser una vieja. La naturaleza es muy sabia y el niño requiere de una mamá joven, vital".

Durante toda su vida, Cristina vivió con su madre. Ahora ya se acostumbró a su departamento pero reconoce que no sería capaz de vivir completamente sola. Cuando le pregunto si le tiene miedo a la vejez, asegura que no. Que cree que va a saber envejecer. ¿La soledad? "Creo que mis ahijados y mis buenos amigos, que han suplido ampliamente a la familia, no me van a dejar abandonada", afirma. "En todo caso, dice, ya hemos arreglado con una amiga, solterona como yo, lo que vamos a hacer. Cuando seamos viejas (o, mejor dicho, cuando nos consideremos viejas) arrendaremos una casa y nos iremos a vivir juntas. Nos conocemos bien y podremos soportarnos mutuamente nuestras mañas. Ya sabemos las mañas que vamos a tener. A ella le va a dar por conservar la línea y me va a martirizar prohibiéndome todo lo que me gusta. A mí me va a dar por los animales. Siempre me han gustado y voy a llenar la casa de perros y pájaros. Los gatos no me gustan", especifica.

Amistosa y muy simpática, Cristina tiene muchos amigos. Hombres especialmente. "A veces sus mujeres se ponen celosas y entonces yo trato que me las presenten para que vean que no soy ninguna vampíresa. Por lo general, son compañeros de oficina. De la que tenía antes y

AUTENTICO MOCASIN ARGENTINO



ETOLE

Los más modernos y exclusivos modelos sport para caballeros, señoras y niños, ahora en nuestros cuatro depósitos de fábrica y como siempre con el 20% de descuento.

* Vicuña Mackenna 1451 y 1465

* Estado 91 - 3er piso

* Torres de Tajamar, Local 13

Leona



**ABRIGADA
Y
FELIZ**



con

o



lana

 **Diana**

**SUAVE COMO UNA CARICIA
en mohair y fibra dunova**

AVENIDA VALDIVIESO 0341

UN PRODUCTO DE OSVALDO ELIAS Y HNOS.

**me duele que me digan
SOLTERONA**

viene de la vuelta

de ésta de ahora. Cuando me ofrecieron el cargo que tengo, un puesto administrativo de cierta importancia, me dio mucha pena dejar mi antigua oficina. Llevaba tantos años y ya conocía todo, pero realmente esto significaba un ascenso. Es difícil que las empresas tengan tanta confianza en una mujer. Así es que me cambié, pero conservo excelentes amigos que me vienen a ver a la casa o me invitan a las suyas.

—¿Y en las tardes, se siente sola? ¿O los fines de semana?

“Sí, muchas veces me siento sola. Si no he tenido la precaución de convidar a alguien, o de tener un compromiso para ir a ver a alguien, me doy cuenta de mi soledad. Toda la gente está con su familia y yo no tengo a nadie. Ni padres ni hermanos ni marido ni hijos”.

Me da pena y trato de cambiar de tema pero ella sigue:

“A veces me pongo a pensar en lo que ha sido mi vida para atrás. No he tenido mucho tiempo para pensar en mí misma. Trato de analizar si las cosas que he hecho estuvieron bien o mal. Da un poquitito de angustia. Porque los amigos no bastan. Además, una mujer soltera es un problema para que la conviden. Se sienten obligados a buscarle pareja, lo que es una tontera, un prejuicio que habría que eliminar, porque lo único que se saca es limitar las posibilidades. Es difícil encontrar un hombre solo y, por lo demás, una no tiene por qué andar en plan de conquista en cualquiera reunión”.

No ella, por lo menos. Nadie diría que es una solterona. No se parece a la imagen típica, no es flaca y seca ni quejumbrosa. Tampoco insegura y llena de remilgos. Se ve segura de sí misma. Ha triunfado en su trabajo, su casa es alegre y acogedora y tiene el aspecto de una señora de clase media común y corriente. Mejor. Sin embargo, Cristina reconoce que no es una mujer como todas. Que tiene una amargura profunda dentro de ella. “Me habría gustado casarme cuando era joven y tener por lo menos seis niños. Habría dejado el trabajo, la libertad y el éxito económico por una casa, un marido y unos niños”.